

Seguir haciéndonos *preguntas* para una nueva educación ¹

Reflexión del Dr. Horacio Ademar Ferreyra

En estos tiempos, el auge del consumo, la mediatización y las simetrías intergeneracionales conforman un escenario que exige hacer hincapié en la educación como herramienta de cambio. Pero la educación no tiene solo que ver con la transmisión de conceptos, procedimientos y actitudes: es necesario entenderla también como búsqueda y transformación del mundo en que vivimos. Esto no supone adaptación, sino transformación personal y social.

La propuesta es, entonces, una educación auténtica mediante la cual la escuela -en diálogo y cooperación con las familias y los diversos sectores sociales- habilite nuevos horizontes para una ciudadanía inquieta, que busca no solo aprender más, sino convivir y emprender para vivir mejor y en plenitud.

En los tiempos actuales, transitamos desigualdades y fragmentaciones. El auge del consumo, la mediatización (TV, internet) y las simetrías intergeneracionales van generando un complejo escenario que exige, cada vez más, hacer hincapié en la educación como herramienta de transformación.

Ante los reclamos que el sistema educativo recibe a menudo cabe inte-

rrogarnos si no habrá llegado el momento de preguntarse si la educación no estará acaso fortaleciendo el actual modelo hegemónico.

En realidad, son muchos los interrogantes que se suscitan cuando se enfoca este tema. Tratar de responderlos forma parte del crecimiento perseverante hacia una educación cada vez más pertinente, relevante, eficaz y equitativa.

¹ A partir de la lectura de Ospina (2010).

Dos son las características dominantes de estos tiempos de *liquidez* (Bauman, 1999): mayor racionalidad en el detalle y menor racionalidad en conjunto y muchedumbres pasivamente sujetas a los medios de comunicación social (Ospina, 2010). Ante esta situación, es necesario reconstruir un sistema de valores y criterios que dé cierto orden a la memoria colectiva.

Sería interesante, además, indagar cuánto influyen en la ciudadanía el comportamiento de los líderes y la presencia constante de estos medios de comunicación que tienen el poder de, simultáneamente, crear y destruir modelos de ser, pensar, sentir, actuar y emprender.

Ante esto, cabe recuperar -para la reflexión- los planteos que nos interpelean desde los versos de Thomas S. Eliot (1989, p. 147): "¿Dónde está la vida que hemos perdido en vivir? ¿Dónde la sabiduría que hemos perdido en conocimiento? ¿Dónde el conocimiento que hemos perdido en información?", a los que le agregamos: ¿dónde la información que hemos perdido en datos?

Mientras resuenan las preguntas del poeta, sumamos a ellas las que surgen del escrutinio crítico de las prácticas para profundizar en la realidad que es -como ya describimos- compleja y controvertida.

En los últimos tiempos, pareciera ser que, en lugar de aplicar una lógica de la cooperación (todos ganan), lo que se aplica en educación es una lógica competitiva (unos ganan, otros pierden). Habría que reflexionar acerca de si esta lógica condice con los fines que perseguimos, ya que puede ocurrir que lógi-

ca y fines estén en polos opuestos, lo que iría en desmedro de lo que vamos a llamar una buena educación. Tensiones, conflictos, problemas y temas críticos invaden la arena de lo social. Ante esto, hay que preocuparse pero también ocuparse. Solo de esta manera -y a través de una construcción colectiva- será posible avizorar horizontes esperanzadores para la humanidad.

Ahora bien, ¿y qué es una buena educación? Desde nuestro punto de vista, una buena educación es la que posibilita el despliegue de las potencialidades de cada uno en las diversas esferas de la vida social y permite desarrollar capacidades. Esta idea parte de la convicción -como sostiene Amartya Sen (2011)- de que todas las personas son capaces de hacer, y contrasta con la de oportunidades (meritocracia) y la de calidad (utilitaria). Es por ello que la escuela o el sistema educativo no predefinen estilos de vida, sino que forman capacidades para la acción, potencian a los sujetos (individuales y colectivos) para que puedan expresarse política, cultural y económicamente -es decir, socialmente- de diversas maneras en sus respectivos contextos. Más allá de brindar conocimientos, entonces, la escuela tendría que establecer de qué formas esos conocimientos se movilizan, se transforman en capacidades concretas para la acción.

Como sostiene Dubet (2011), el fin de la escuela es que niños, jóvenes y adultos se fortalezcan subjetivamente y se sientan capaces de actuar fuera de esa competencia (individual y colectiva).

Y aquí surgen nuevos interrogantes: ¿Qué pasaría si -en lugar de estar insta-

lados en la lógica de la competición- lo estuviésemos en la lógica de la cooperación? ¿Cómo serían los resultados y los procesos desde esta nueva mirada? ¿De qué manera la escuela puede aportar más y mejor al fortalecimiento de la subjetividad? ¿La educación tiene que ver con la felicidad de las personas?

Convengamos que la educación no tiene solo que ver con la transmisión de conceptos, procedimientos y actitudes. En estos tiempos, es necesario entenderla, también, como búsqueda y transformación del mundo en que vivimos. Esto no supone adaptación, sino transformación personal y social.

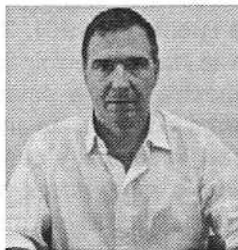
Tal vez ha llegado la hora de cuestionarnos de qué modo podemos convertir a la educación en un camino hacia la plenitud de las personas y de sus comunidades. Cómo hacemos para lograr una educación que busque el equi-

librio y la conservación del mundo, y no su destrucción...

Probablemente, la clave esté en comprender que los grandes paradigmas actuales deben ser reemplazados por otros que apunten a la creación, a la conservación, al afecto, a la valorización de las tradiciones, a la transparencia, a la honestidad. En general, estos tiempos nos invitan a pensar en una educación auténtica, una educación mediante la cual la escuela -en diálogo y cooperación con las familias y los diversos sectores sociales- habilite nuevos horizontes para una ciudadanía inquieta, que busca no solo aprender más, sino convivir y emprender para vivir mejor y en plenitud.

No hay que olvidar que los niños, jóvenes y adultos del siglo XXI son y serán, al mismo tiempo, "personas con raíces" en las tradiciones locales y na-

DR. HORACIO ADEMAR FERREYRA



Es Doctor y Licenciado en Educación (UCC) y Posdoctorado en Ciencias Sociales (U. Nac. de Córdoba, U. Autónoma Metropolitana, U. de Oviedo y U. Complutense de Madrid).

Actualmente es subsecretario de Estado de Promoción de Igualdad y Calidad Educativa del Ministerio de Educación de la provincia de Córdoba.

Es docente e investigador de la UCC y docente e investigador invitado del Doctorado en Educación en la USTA (Colombia) e ITEC Guadalajara (México).

También es capacitador y consultor educativo a nivel provincial, nacional e internacional y autor y coautor de libros, artículos, documentos y ensayos relacionados con la temática educativa y escolar.

E-mail: hferreyra@coopmorteros.com.ar - Web: www.horacioaferreyra.com.ar

